

- 37.- ¿En qué consiste la técnica epistolar?
- 38.- ¿Qué modalidades ofrece la novela escrita en primera persona?
- 39.- ¿Cómo es la novela en tercera persona, cómo aparece el narrador?
- 40.- ¿Cuál es la técnica de la novela objetiva y quienes la defendieron?
- 41.- ¿Cómo presenta la novela neo-realista al personaje?
- 42.- ¿Qué grupos humanos utiliza como personajes este tipo de novela?
- 43.- ¿Qué es el cuento?
- 44.- ¿Cómo se define la novela corta?
- 45.- ¿Cuáles son sus características?

CAPITULO I

LA METAMORFOSIS

Gregorio Samsa, al despertarse esa mañana después de un sobresaltado sueño, se halló sobre su cama convertido en un repugnante bicho. Estaba apoyado sobre su espalda, que ahora no era otra cosa que un duro caparazón, y al levantar la cabeza, pudo ver su vientre oscuro, atravesado por callosidades, cuyo volumen apenas si resistía la colcha, que ya iba resbalándose hacia el piso. Incontables patitas, muy débiles y flacas en comparación con el resto de su cuerpo, se movían ante sus ojos desmañadamente.

—¿Qué me estará ocurriendo?

No era un sueño no. Todo lo que lo rodeaba seguía igual. Su dormitorio, aunque muy pequeño, ofrecía al aspecto acostumbrado. En medio, la mesa, y sobre ella, diseminado, el muestrario de paños que utilizaba para su trabajo de agente viajero. En lo alto colgaba aquel cuadro, de marco dorado, con la estampa que recortara pocos días antes de una revista ilustrada. La lámina mostraba a una dama envuelta en pieles y que, con ademán alanero, enarbolaba ante el que la miraba, un ancho manguito en el que se perdía su antebrazo.

Samsa siguió mirándolo todo y su vista se detuvo en la ventana; el cielo estaba nublado, y se oía el golpear de las gotas de lluvia sobre los canalones. Lo embargó una gran tristeza. Se dijo: "¿qué sucedería si yo continuara durmiendo un ratito más y me olvidara de todas estas insensateces?" Pero eso era imposible, pues Gregorio acostumbraba dormir sobre el lado derecho, cosa que su anatomía actual no le permitía. De todos modos intentó hacerlo una y otra vez, pero siempre regresaba a su posición de espaldas. Y cerraba los ojos, para dejar de ver el jaleo que se traían sus patitas.



Así estuvo hasta que un dolorcillo ligero y punzante, como nunca antes sintiera, le acometió en el costado.

¡Ay, Dios mío! —se dijo—. ¡Qué agotadora me resulta la profesión que elegí! Todos los días viajes. Este trabajo es más irritante y complicado que llevar el negocio práctico del almacén. Y no se diga de las molestias que dan los viajes continuos: preocuparse de la combinación perfecta de trenes, dormir y comer fuera de horas, y entablar conocimiento con personas tan diferentes y en un trato siempre tan superficial que nunca los sentimientos de amistad logran tener cabida. ¡Basta ya de todo esto!

Su vientre le picaba. Como pudo se alargó hacia la cabecera para lograr enderezarse un poco y ver qué le ocurría. Lo único que noto fue unos puntitos blancos. Se tocó con una pierna para rascarse; pero no logró sino sentir escalofríos. Volvió a su postura anterior.

—Estas madrugadas —pensó para sí— le atontan a uno completamente. El ser humano necesita dormir lo que corresponde. Hay otros vendedores que viven como príncipes. Sucede que a media mañana, cuando regreso al hotel para anotar los pedidos, los encuentro desayunándose tranquilamente. Yo no lo podría hacer; con el jefe que me tocó me despediría en el acto. Y nadie me aseguraría que no fuera lo mejor que pudiera ocurrirme. De no estar por medio mis padres hace mucho que me habría largado. Mi gran satisfacción sería decirle en su cara lo que pienso de él. ¡Se cae del buró! Porque el suyo es un modo muy raro de comportarse. Figúrense que se sienta arriba de un buró, y desde allí en lo alto habla con aspereza a sus empleados, los que por añadidura, como el jefe es medio sordo tienen que ponerse muy cerca de él. Pero todavía abrigo esperanzas. Apenas logre yo juntar el dinero suficiente para cancelar la deuda de mis padres —cosa de cinco o seis años más— ¡lo haré con toda mi alma! Bien; pero de momento lo que debo hacer es levantarme, pues el tren parte a las cinco.

Miró el despertador, que estaba sobre el baúl, y escuchó su tic-tac.

—¡Cielos! —se dijo.

Eran las seis y media, y las manecillas continuaban circulando calladamente; ya pasaban de la media, casi marca-

ban las siete menos cuarto. ¿No habría sonado el despertador? Desde la cama se podía percibir que estaba puesto apropiadamente en las 4; de manera que tenía que haber sonado. Pero, ¿cómo pudo seguir durmiendo impasible con aquel repiqueteo que todo lo estremecía? Es cierto que su sueño no fue tranquilo, pero aparentemente durmió a pierna suelta. ¿Qué podría hacer ahora? El próximo tren partía a las siete: para tomarlo habría que correr contra el reloj. Faltaba envolver el muestrero y además él se sentía con pocos ánimos. De todos modos, aunque lo alcanzara, no evitaría la reprimenda del principal, pues el mozo del almacén, que le habría estado esperando para ir con él en el tren de las cinco, no dejaría de haber informado, en seguida, al jefe, de su falta. Ese mozo era una copia fiel del principal, indigno y desconsiderado. Y si se reportara como enfermo, ¿qué ocurriría? Pero esa excusa, aparte de avergonzarlo, despertaría dudas, ya que Gregorio, durante los cinco años que llevaba trabajando allí, nunca estuvo enfermo. Lo más probable es que el propio principal trajera al médico del Montepío; reprocharía a sus padres la conducta del hijo haragán, y rechazaría toda excusa, apoyándose en el diagnóstico del médico, para el cual todos los empleados se encuentran siempre en perfecto estado de salud y sólo le tienen miedo al trabajo. Y a decir verdad, en esta ocasión el médico no estaría tan errado. Aparte de un poco de sueño, por demás excusado, naturalmente, después de tanto dormir, Gregorio se sentía muy bien, con un hambre extraordinaria.

En tanto ordenaba sus pensamientos y cavilaba en forma confusa, sin lograr decidirse a abandonar la cama, y justo en el momento en que el reloj marcaba ya las siete menos cuarto, tocaron quedamente en la puerta que daba a la cabecera de su lecho.

—Gregorio —dijo una voz, la de la madre—, son las siete menos cuarto. ¿No tenías que salir de viaje?

—¡Qué dulce voz! En cambio Gregorio se espantó al escuchar su propia voz al responder a la madre. Indiscutiblemente que era su voz, la propia, era cierto, sólo que brotaba mezclada con un pitidito lleno de dolor, y con él, las palabras, al comienzo claras, se volvían confusas, resonando de tal manera que no se podía estar seguro de haberlas escu-



chado. Gregorio hubiera deseado responder ampliamente, aclararlo todo; pero dadas las circunstancias sólo respondió:

—Sí, sí. Gracias madre. Ahora mismo me levanto.

Seguramente que el cambio de voz de Gregorio no se notó tras la gruesa puerta, ya que la madre se sintió tranquila con la contestación y se marchó. Mas esta breve conversación demostró al resto de la familia, que Gregorio, contra lo que era de esperar, todavía estaba en casa. Se acercó también el padre, y tocando suavemente en una hoja de la puerta, dijo: ¡Gregorio! ¡Gregorio! ¿Qué sucede? Esperó un poco e insistió, levantando ligeramente la voz: ¡Gregorio!, ¡Gregorio! Entre tanto, la hermana detrás de la otra hoja de la puerta, preguntaba angustiosamente, ¿estás bien? ¿Necesitas algo? "Ya estoy", contestó Gregorio a los dos a un tiempo, esforzándose en pronunciar lentamente cada sonido, a fin de que ese atroz timbre de voz no se notara tanto. El padre se regresó para seguir con su desayuno, pero la hermana quedó allí insistiendo: "Te ruego, Gregorio, que abras". Sin embargo Gregorio no estaba dispuesto a complacerla, y se sentía muy contento de haberse encerrado en su habitación, durante la noche, prudente hábito adquirido en sus tantos viajes, y que ya no dejaba de observar ni en su propio hogar.

Lo más importante era salir de su lecho con calma, vestirse sin que nadie lo importunara y, sobre todo, desayunar. Sólo después de cumplido todo esto consideraría lo que habría de hacer, pues tenía comprobado que en la cama no lograba que sus meditaciones le llevaran a ninguna conclusión. Recordaba que bastante a menudo, cuando estaba acostado, sintió algún dolorcillo que quizá se debiera a lo incómodo de la postura, pero ese dolor desaparecía por completo al levantarse, al extremo de pensar que sólo era imaginario: y estaba ansioso por ver cómo se desvanecían gradualmente, todas las alucinaciones que le surgieron por la mañana. También estaba seguro de que el cambio de su voz sólo obedecía a síntomas de un gran resfriado, padecimiento habitual en todos los viajantes de comercio.

Apartar la colcha de él, era muy sencillo. Sólo necesitaba abombarse un poco: la colcha se deslizaría sola. El problema lo constituía la desmesurada anchura de Gregorio. Para incorporarse podría haberse valido de brazos y manos; pero,

en vez de éstos, ahora sólo tenía incontables patas que se agitaban constantemente y no podía manejarlas. El caso es que él debía incorporarse. Se alargaba; conseguía finalmente dominar una de las patas; pero, entre tanto, las otras seguían agitándose libre y dolorosamente: "No es bueno quedarse haraganeando en cama", se dijo Gregorio.

En primer lugar quiso sacar de la cama la parte inferior del cuerpo, la que, por lo demás, no se había visto aún, y, en consecuencia, no podía darse una idea de su forma exacta. Resultó una empresa muy difícil de lograr. La inició lentamente. Gregorio, ya desesperado, se dio todo el impulso que pudo, y, sin escatimar esfuerzos, se lanzó hacia adelante. Pero calculó mal la dirección, se golpeó fuertemente contra los pies de la cama, y el agudo dolor que sintió le demostró que esa parte inferior de su cuerpo era tal vez, justamente ahora, la más delicada. Quiso, entonces, sacar primero la parte de arriba, y torció con cuidado la cabeza hacia la orilla de la cama. Para lo cual no encontró dificultad, y, a pesar del ancho y del peso, todo su cuerpo continuó llevando al fin, aunque lentamente, la misma dirección de la cabeza. Pero al vérsela colgando en el aire, sintió miedo de continuar el avance en la misma forma, pues al dejarse caer así, sólo un milagro evitaría que se golpeará peligrosamente la cabeza; y, sobre todo ahora, Gregorio quería estar en sus cinco sentidos. Antes de exponerse a perderlos, se quedaría acostado.

Pero, luego de probar hacer al revés los mismos intentos, acompañándolos de profundos suspiros, se encontró nuevamente en la posición anterior y volvió a ver sus patas, más agitadas que antes todavía; se percató que no le era posible poner orden a tamaño absurdo, y de nuevo pensó que no debía continuar en el lecho y que lo más acertado era arriesgarse del todo, aunque ya no abrigaba sino una pequeña esperanza. Mas de pronto recordó que siempre era mucho mejor pensar con serenidad que tomar decisiones descabelladas. Sus ojos miraron con fuerza hacia las ventanas; pero, desgraciadamente, la neblina de esa mañana, que impedía por completo ver la cera opuesta de la calle, le infundiría, sin duda, menos esperanzas y ánimo: "Son ya las siete", se dijo al escuchar otra vez el despertador. "¡Las siete, y aún hay niebla!" Durante unos instantes todavía se quedó echa-



do, sin moverse, y apenas respirando, como si en el silencio esperara regresar a su estado normal.

Pero luego, pensó: "Debo estar levantado antes de las siete y cuarto. Aparte, de que, mientras tanto, con seguridad que alguien del almacén vendrá a ver qué me pasa, ya que allí abren antes de las siete. Y resolvió dejar la cama, balanceándose a todo su largo. Al dejarse caer, su cabeza, que quería conservar totalmente erguida, posiblemente saldría ileso de la prueba. La espalda parecía muy resistente: no le ocurriría nada cuando diera con ella contra la alfombra. Lo único que le preocupaba y atemorizaba era el miedo al ruido que ocasionaría, y que quizá causara, detrás de cada puerta, sino un susto, cuando menos intranquilidad. Pero no tenía otra alternativa.

Gregorio ya estaba fuera de la cama, a medias (la nueva fórmula parecía más bien un juego que un trabajo, ya que sólo necesitaba balancearse siempre hacia atrás), cuando pensó que todo se facilitaría si pidiera ayuda a alguien. Con dos personas macizas bastaría (pensaba en su padre y en la criada). Bastaría con que le abrazaran su abultada espalda, le extrajeran del lecho, y, acercándose al piso con la carga, le dejaran tenderse a todo lo largo en el suelo, donde, sin duda, las patas cumplirían su función. Además, aparte de que las puertas estaban cerradas, ¿le sería realmente provechoso solicitar ayuda? No obstante lo crítico de su estado, no pudo dejar de sonreírse.

Ya había avanzado tanto, que sería suficiente un balanceo con más impulso que los precedentes para hacerle perder casi completamente el equilibrio. Por otra parte, no tardaría en verse obligado a tomar una resolución, ya que faltaban sólo cinco minutos para que dieran las siete y cuarto.

De repente se sintieron unos golpes en la puerta de la casa. "Seguramente vienen del almacén" —dijo Gregorio, quedándose en suspenso, mientras sus patas seguían moviéndose vertiginosamente. Por un momento, todo quedó en silencio. "No abren", —pensó, aferrándose a esa ilusión descabellada. Pero, como era de esperar, pronto se sintieron los fuertes pasos de la criada. Y la puerta fue abierta. Bastó que el que llegaba dijera la primera palabra, para que, al escucharla, Gregorio le identificara. Era el principal mismo. ¿Por qué tendría que trabajar Gregorio en un lugar donde la más

insignificante falta despertaba en el acto terribles sospechas? ¿Es que todos los empleados, sin excepción, no podían ser otra cosa que unos granujas? ¿Es que entre ellos, no había hubiera un hombre cabal, que perdiera un par de horas de trabajo matutino, y que por este hecho se llenase de remordimiento tal que le impidiera abandonar el lecho? ¿Acaso no hubiera bastado con enviar a un mozo a oreguntar, en el supuesto de que tuviera razón de ser ese afán de averiguar, sino que tenía que presentarse el principal en persona para dar a entender a una ingenua familia que sólo él estaba calificado para tratar de investigar tan sospechoso asunto? Y Gregorio, más por la excitación de tales consideraciones que por estar muy decidido, se arrojó de la cama. Se oyó un golpe pesado, que no era precisamente un gran ruido. La alfombra mitigó la caída: la espalda era más elástica que lo que Gregorio supusiera, y esto sirvió para que el ruido no resultara tan tremendo como esperaba. Pero se olvidó de permanecer con la cabeza lo bastante levantada; se lastimó y el dolor le hizo refregarla frenéticamente contra la alfombra.

—Algo ha sucedido ahí dentro —comentó el principal en la pieza de la izquierda. Gregorio quiso imaginar que algún día pudiera sucederle al principal lo mismo que le ocurría hoy a él, cosa que estaba dentro de lo posible. Pero aquel señor, como respondiendo furiosamente a estas conjeturas, pisó con energía en el cuarto contiguo, mientras caminaba haciendo sonar sus botas de charol. Desde el cuarto de la derecha, la hermana le anunció suavemente: "Gregorio, aquí está el principal." —"Ya lo sabía", —respondió Gregorio para sí. Pero no se atrevió a levantar la voz de tal manera que su hermana alcanzara a escucharle.

—Gregorio —le habló por fin su padre por el otro cuarto de la izquierda—, Gregorio, ha llegado el señor principal y quiere saber por qué no te fuiste en el primer tren. No sabemos qué decirle. Además, quiere hablar en persona contigo. Por eso, abre, por favor. El señor principal sabrá dispensar lo desordenado de tu habitación.

—¡Buenos días, señor Samsa! —dijo en ese momento, muy amable, el principal—. "No se siente bien", —dijo la madre a éste mientras el padre seguía hablándole cerca de la puerta. —No se encuentra bien, créame usted señor. De otra